

Formación “catequesis y Eucaristía”. Cuarto módulo: Fe celebrada

Estimados catequistas, llegamos a la cuarta semana de nuestra formación y reflexionaremos sobre la iniciación a la celebración de nuestra fe en la Eucaristía. La misma, como fuente y culmen de nuestra fe, es un tema inagotable para nuestra formación, por lo cual desde el IFC elegimos algunos aspectos que nos parecen esenciales en la formación del catequista, como han sido la espiritualidad eucarística, el lenguaje celebrativo, y por último un aspecto más práctico en cuanto al acompañamiento de los procesos de iniciación a la acción litúrgica.

Las tareas de la catequesis corresponden a la educación de las diferentes dimensiones de la fe, ya que la catequesis es una formación cristiana integral, «abierta a todas las esferas de la vida cristiana». En virtud de su misma dinámica interna, la fe pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración. La catequesis debe cultivar cada una de estas dimensiones. Pero la fe se vive en la comunidad cristiana y se anuncia en la misión: es una fe compartida y anunciada. Y estas dimensiones deben ser, también, cultivadas por la catequesis.¹

Como expresa claramente el Directorio General para la Catequesis, esta ha de ser una formación integral que lleve al catequizando a conocer la fe, celebrarla, vivirla y hacerla oración. Sabemos que para iniciar a la vida cristiana el centro de nuestro anuncio ha de ser el interlocutor, partir siempre de la realidad del catequizando para que el anuncio ilumine su vida y provoque el encuentro con Cristo. Teniendo en cuenta esto no podemos pasar por alto que nuestros catequizandos desconocen nuestro lenguaje celebrativo, no saben cómo celebramos, pero además no saben por qué lo hacemos. Es por ello que cuando pensamos en la catequesis preparar a los catequizandos para la vivencia de la Eucaristía, debemos comenzar por introducirlos al silencio, a la oración, a la contemplación.

La catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental. A menudo, sin embargo, la práctica catequética muestra una vinculación débil y fragmentaria con la liturgia: una limitada atención a los signos y ritos litúrgicos, una escasa valoración de las fuentes litúrgicas, itinerarios catequéticos poco o nada conectados con el año litúrgico y una presencia marginal de celebraciones en los itinerarios de la catequesis². Es así que, cuando pensamos en esta iniciación a lo celebrativo, debemos comenzar desde el primer día de catequesis a profundizar en gestos, posturas, acciones, que son propias de nuestra liturgia, ayudando así a que cuando el catequizando participe de la Eucaristía, reconozca allí lo vivido en el encuentro de catequesis, que este lenguaje no le sea extraño, sino que le resulte familiar. La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es "mistagogía"), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los "sacramentos" a

¹ DCG 84

² DCG 30

los "misterios"³. Todo este nuevo lenguaje significativo que es desconocido por los catequizandos, debe ser trabajado en la catequesis.

La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia: debe ser precedida por la evangelización, la fe y la conversión; sólo así puede dar sus frutos en la vida de los fieles: la Vida nueva según el Espíritu, el compromiso en la misión de la Iglesia y el servicio de su unidad⁴. No se trata entonces de iniciar a la vivencia de la Eucaristía en el último año previo a recibir la primera comunión, centrándonos en las partes del rito, sino una catequesis sistemática, que inicie a la celebración de nuestra fe en cada encuentro.

Si partimos de la vida de los catequizandos, debemos presentar el aspecto antropológico de nuestras celebraciones. Dialogar desde la vida y ver cómo celebramos en nuestras familias, con nuestros amigos. ¿Qué es para nosotros motivo de celebración?, ¿cómo se dan estos encuentros?, ¿qué se vive allí? Estas preguntas han de orientar nuestra reflexión para pasar así de la "mesa familiar" a la "mesa comunitaria". Los evangelistas, especialmente Lucas, presentan a Jesús comiendo en circunstancias diversas y con comensales diferentes. Aparece comiendo con pecadores y publicanos, varias veces en casa de fariseos, por supuesto, con la gente, con los discípulos; y además, en el contexto de estas comidas, Jesús pronuncia enseñanzas. ¿Por qué presenta Lucas tantas veces a Jesús en el contexto de una comida?, ¿Por qué en ese contexto Jesús comunica enseñanzas de tanta importancia? La obra de Lucas continúa en los Hechos de los Apóstoles, en los que la mesa compartida tiene un lugar preeminente, un lugar donde los discípulos recuerdan al Señor, donde Él se hace presente, y donde se expresa el carácter fraterno de la comunidad. Asistimos a un tránsito, lleno de significado, que va del Templo a la casa. En efecto, el Evangelio de Lucas empieza y termina en el Templo. El libro de los Hechos de los Apóstoles comienza y termina en una casa. Luego del evento pascual, los discípulos de Jesús, además de reunirse en las casas para la fracción del pan, seguían reuniéndose en el Templo. Tal vez, con la muerte de Esteban y la dispersión de muchos cristianos, comienza a darse una separación cada vez mayor con el Templo. Entonces en torno a la mesa, que es el centro de la casa, partían el pan con sencillez y alegría de corazón. La mesa compartida refleja un orden social fraterno: Nadie llamaba suyas a las cosas porque todo lo tenían en común. Cada uno daba según sus posibilidades y recibía según sus necesidades⁵ Es así que, en la comunidad cristiana, los discípulos de Jesucristo se alimentan en una doble mesa: «la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo de Cristo». El Evangelio y la Eucaristía son su constante alimento en el peregrinar hacia la casa del Padre⁶.

La comida, como siempre, expresa la realidad social; la comida fraterna, así como refleja nuestra vida familiar compartida, refleja la vida de una comunidad fraterna. Las primeras comunidades cristianas, cuando se reunían, celebraban un ágape fraterno; ciertamente muy especial, en continuidad con las comidas de Jesús, con la Cena Pascual,

³ CEC 1075

⁴ CEC 1072

⁵ Hech 2, 46

⁶ DCG 70

con las comidas del resucitado. Estas comidas habían sido momentos de especial intimidad con el Señor y lugares privilegiados para penetrar en su mensaje. Finalmente, allí es donde mejor le habían conocido. Esta vivencia de las primeras comunidades es una invitación a presentar a nuestros catequizandos mucho más que las partes de un rito, que por cierto es importante conocer para poder celebrar plenamente nuestra fe, pero es esencial que el catequizando comprenda el por qué celebramos, el por qué vamos a misa, y aquí entramos en un punto clave.

Esta pregunta que podemos responder desde lo personal, ¿por qué voy a Misa?, es en gran medida lo que transmitiremos a nuestros catequizandos. Si voy a misa por cumplir un precepto, por cumplir con el mandato de la Iglesia y del Señor que nos dice: “Hagan esto en memoria mía”⁷, será lo que anunciaremos a nuestros catequizandos. Aclaremos que, sí cumplimos con un precepto de nuestra fe al concurrir a misa los domingos y días de fiesta, pero debemos de ir más allá que el mero cumplimiento de una norma. La Eucaristía es encuentro, encuentro con Cristo que nos espera y está presente en las especies consagradas, en su Palabra, en el ministro que preside y en la comunidad. Voy a misa porque voy a encontrarme con alguien que me cambió la vida y quiero permanecer junto a Él. Es importante que el catequizando comprenda que no es “una cita a ciegas”, voy a encontrarme con quien me conoce desde siempre y a quien estoy conociendo en la catequesis. Aquí está el valor de ir preparando el encuentro con el Señor en la Eucaristía durante toda la iniciación.

Tengamos presentes que como ya hemos visto en esta formación, nadie puede dar lo que no tiene, el catequista transmite lo que vive. Debemos poder contar a los catequizandos por qué vamos a misa, hacerlo con palabras sencillas, en un lenguaje accesible que deje ver la importancia que tiene en nuestra vida ir al encuentro del Señor en la Eucaristía, resaltar con qué aspecto de Jesús me encuentro, y para esto es necesario valorizar el encuentro, la importancia de encontrarnos con quienes amamos, con quienes compartimos la vida.

Recordemos que «Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica». La comunión con Jesucristo conduce a celebrar su presencia salvífica en los sacramentos y, particularmente, en la Eucaristía. La Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles cristianos a aquella participación plena, consciente y activa que exige la naturaleza de la liturgia misma y la dignidad de su sacerdocio bautismal. Para ello, la catequesis, además de propiciar el conocimiento del significado de la liturgia y de los sacramentos, ha de educar a los discípulos de Jesucristo «para la oración, la acción de gracias, la penitencia, la plegaria confiada, el sentido comunitario, la captación recta del significado de los símbolos»; ya que todo ello es necesario para que exista una verdadera vida litúrgica⁸. Para alcanzar una participación plena, consciente y activa en la Eucaristía, debemos de respetar los tiempos de la iniciación, no apurando los procesos, acompañando a los catequizandos, escuchando y discerniendo qué caminos recorrer para guiar al encuentro de Cristo. El mensaje que transmite la catequesis tiene

⁷ Lc 22, 19

⁸ DCG 85

«un carácter orgánico y jerarquizado», que, así mismo, trata la integridad del mensaje; constituyendo una síntesis coherente y vital de la fe⁹, por lo cual es fundamental centrarnos en los contenidos esenciales que debemos de transmitir más que en los generales, no podemos pretender abarcar toda la doctrina de nuestra fe en tres años de formación con una frecuencia de una hora semanal, los procesos de iniciación a la vida cristiana son más largos, comúnmente comienzan antes de que el chico empiece la catequesis, ya que muchos están bautizados y llegan a la catequesis con una imagen de Dios, y continúa luego de recibir su primera comunión. Esto no quiere decir que como catequistas “preparamos a los chicos para la primera comunión”, este concepto de catequesis de primera comunión se manejó durante mucho tiempo, pero es erróneo. La preocupación primera no ha de ser sacramentar sino recorrer un itinerario en orden a la vivencia de la fe cristiana dentro del cual se celebren los sacramentos¹⁰. Los catequistas acompañamos procesos de iniciación a la vida cristiana, esto conlleva mucho más que la preparación a la recepción de un sacramento, es acompañar durante un período determinado la vida de una persona que se está iniciando a una nueva vida, a la vida en Cristo. Los catequistas somos intrínsecamente mediadores que facilitamos la comunicación entre las personas y el misterio de Dios, así como la de los hombres entre sí y con la comunidad. Por ello hemos de esforzarnos para que nuestra formación cultural, nuestra condición social y nuestro estilo de vida no sean obstáculo al camino de la fe, aún más, hemos de ser capaces de crear condiciones favorables para que el mensaje cristiano sea buscado, acogido y profundizado. Gracias a una labor de sabio acompañamiento, los catequistas realizamos un servicio de los más valiosos a la catequesis: ayudar a los catequizandos a discernir la vocación a la que Dios los llama¹¹.

Por último, debemos de decir que la catequesis de iniciación, por ser orgánica y sistemática, no se reduce a lo meramente circunstancial u ocasional. En fin, por ser iniciación, incorpora a la comunidad que vive, celebra y testimonia la fe¹². Por lo cual es nuestra labor como catequistas, crear los espacios necesarios de encuentro con la comunidad, no sólo en la Eucaristía, si no también fuera de ella, ya que toda instancia de encuentro entre los catequizandos y la comunidad enriquecerá a ambas partes. El sentirse parte de la comunidad creará vínculos que perduren más allá de la primera comunión, el saberse parte del cuerpo místico de Cristo¹³ llevará a tomar conciencia de la importancia que cada uno tiene en la comunidad. La comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis¹⁴, por lo cual necesitamos facilitar el encuentro comunitario, creando así sentido de pertenencia a la comunidad en los catequizandos, al mismo tiempo que generamos sentido de responsabilidad de la comunidad sobre la catequesis.

⁹ DCG 114

¹⁰ LAIDM 121

¹¹ DCG 156

¹² DCG 68

¹³ 1Cor 12,12-13

¹⁴ 1 SLAC 4

Bibliografía:

DCG Directorio Catequístico General 1997

CEC Catecismo de la Iglesia Católica

LAIDM La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época.

1 SLAC Primera semana Latinoamericana de catequesis.

“Compartir la mesa y conocer a Jesús”. Prof. Rafael Aguirre, conferencia pronunciada el 14 de noviembre de 2006